

# EL REGRESO

---

por  
SERGIO PITOL

*Para Regazzoni.*

Personajes:

*María*

*Juan*

(Sala de un departamento modesto y sombrío. Muebles viejos. Muy poca luz)

*María.*—¿Qué más ha habido? Nada que realmente te interese saber. He vivido y ya en estos tiempos eso me parece ganancia; he trabajado aquí y allá, con muy poca fortuna al principio, pues recordarás que en algunos aspectos siempre he sido muy torpe. Después de dos o tres fracasos bien sonados me logré orientar. Eso es todo. Años sin resplandor ni brillo han sido los míos.

*Juan.*—¿No has sido feliz?

*María* (se queda pensativa, luego en voz muy baja).—¿Feliz? Sí, creo que algunas veces he llegado a serlo. No siempre. En un principio fui muy desdichada. A los pocos días de haberte ido intenté suicidarme, ¿lo supiste?

*Juan.*—No, ¿cómo iba a enterarme?

*María* (habla como entre sueños).—Tomé unas píldoras, mas no bien acababa de hacerlo cuando el pánico me acobardó. Llamé a los vecinos y ellos me condujeron al hospital. Sabes, sufría mucho. Después de eso todo fue más fácil. El haber estado tan cerca de la muerte me impidió seguir queriéndote. En ese momento se detuvo mi tiempo y pude emprender una vida absolutamente distinta: al cortar con el pasado me reducía a un presente inmutable, en el que cualquier luminosidad quedaba proscriba. Me sabía hueca, desfondada, y en ese estado de ánimo comencé a trabajar. Al principio, te digo, no lograba dar una; después como que las cosas se han ido encarrilando. Sí, Juan, a veces hasta he llegado a ser feliz.

*Juan.*—Tú también me hiciste mucho daño, te lo juro.

*María* (sorprendida).—¿Te hice daño, Juan? No me explico cómo pudo haber sido. Yo solamente te quería.

*Juan.*—Fuiste demasiado fuerte para mí. Es posible que no estuviera

entonces preparado para recibirte. Al aparecer tú, así, tan repentinamente, sin que nada te anunciara, se inició en mí el desorden. No era la diferencia de edades, dos años apenas, lo que determinaba nuestra lejanía, sino el tumulto que acompañaba tu existencia, lo huidizo de tu personalidad, el no poder llegar nunca a conocer tus raíces. Eras como una galería de espejos donde la multiplicidad de las imágenes impedía siempre alcanzar el objeto. Ya no pude estudiar; el alcohol se convirtió en experiencia cotidiana. Y lo peor, a pesar de mi necesidad de estar junto a ti, era que no alcanzaba a saber si te quería. Algo me llevaba siempre a buscarte; trataba de resistir a ese llamado, pero era imposible. Por eso muchas veces me veías llegar a tu casa furioso e irritado; aprehendía la primera oportunidad de entrar en conflicto contigo para ver si de esa manera se definían mis sentimientos. Era muy tonto lo que hacía.

*María.*—Sí, realmente era muy tonto.

*Juan.*—Pero no se me podía exigir otra conducta. ¿Me proporcionabas tú alguna ayuda? Nuestras relaciones eran de lo más irregular: un tránsito perpetuo de fervientes amantes a enemigos enconados, de enemigos a amigos, de amigos a amantes. No hubo en nuestros días uno que se pareciera al anterior.

*María.*—Tú imponías tales modalidades.

*Juan.*—Pero no era yo el único responsable. Eras perfectamente consciente de tu fuerza, ¿por qué entonces no impusiste un cauce seguro a nuestras relaciones? Yo hubiera obedecido. Parecías gozar en señalarme las pistas falsas cuando yo esperaba soluciones precisas.

*María.*—¿Crees que eso a mí no me preocupaba? Pero por encima de la pasión, sentía por ti, y nunca fuiste capaz de comprenderlo, un respeto que era casi culto. Atropellar tu voluntad me hubiera producido la peor de las vergüenzas. Por otra parte, constantemente me hacías sentir como si te obligara a permanecer a mi lado. Eras un muchacho extraño; y yo no poseía toda la fuerza que me atribuyes.

(Hay un silencio un tanto prolongado. María parece estar entregada al recuerdo. Juan quiere hablar, pero no encuentra las palabras. De pronto ella sonrío y parece salir de su letargo.)

*María.*—¿Quieres un poco de café?

*Juan.*—No, gracias. Hoy he tomado varias tazas.

*María.*—Yo sí me prepararé un poco, estoy muy cansada. (Sin embargo, no hace el menor ademán de levantarse.)

*Juan* (con visible esfuerzo).—María, me has hecho mucha falta. Nunca sabrás lo que fueron estos años en el extranjero. Sufrí, realmente sufrí como no tienes idea.

*María* (dura, amargamente).—No debías haber vuelto. Ningún bien nos hace conversar de esta manera; además, los diálogos sobre lo que no fue resultan, por lo general, grotescos.

*Juan* (interrumpiéndola).—¿Quieres decir que ni siquiera vas a permitir que te visite?

*María*.—No creo que haya nada por aclarar entre nosotros.

*Juan* (con ansiedad).—¿Y los dos años que pasé a tu lado? ¿Es que en verdad se han borrado?

*María* (dolorosamente).—Se han perdido del todo. ¿No te he dicho que después de mi intento de suicidio desapareció hasta el menor vestigio de tu imagen?

*Juan* (se levanta, esboza una sonrisa que es más bien una triste mueca, en tanto que le tiende la mano a *María*).—Adiós, *María*. Me voy.

*María* (le toma de la mano).—¿Por qué no te quedas unos minutos más?

*Juan*.—No creo que tenga caso.

*María*.—No sé, pero deberías quedarte. Si ya no vamos a vernos más. . .

*Juan*.—Bueno. . . (vuelve a sentarse).

*María*.—Sabes, siento por dentro una especie de resquemor malsano al verte sentado frente a mí. Creo que sólo por humillarme una última vez te he pedido que permanecieras en lugar de arrojarte de mi casa. Tú aquí, tan tranquilo, como si entre nosotros nada hubiese sucedido, en tanto que para mí el olvido se ha vuelto ya imposible.

*Juan*.—Siempre has sido dura. Dejas, como entonces, que el rencor te penetre, para luego, a todo precio, cobijarte en él. Ni siquiera los años han reblandecido esa costra de odios y resabios amargos que forma tu armadura.

*María*.—Aquel viaje a Querétaro, los azotes en la puerta cuando salías, tus borracheras, los insultos. Te encarnizabas conmigo, inventabas mil y una torturas para agravarme.

*Juan*.—¡Mentiras! Era yo tonto y nada más. Me dolía hacerte mal; casi nunca me daba cuenta de ello hasta que en tu semblante descubría que el daño estaba consumado.

*María* (exaltada).—Porque como ser humano yo no contaba para ti; era solamente *María* a quien se le podía decir todo lo que viniera en gana, con quien uno podía acostarse cuantas veces se le antojara. Nunca merecí tu respeto, es triste reconocerlo pero así fue. Como persona era menos que cero.

*Juan*.—¡Falso! Te obstinas en recordar únicamente los momentos

desagradables como si no hubiera habido otros. Algunas veces llegamos a comprendernos, a ser dichosos.

*María.*—¿Dichosos? Nunca lo fuimos, Juan. Al menos yo no lo recuerdo.

*Juan.*—¿Y nuestro primer viaje al mar? ¿Y los muchos ratos pasados en tu casa oyendo música, leyendo, charlando?

*María.*—Momentos que tú interrumpías bruscamente, porque eras muy joven y en tu casa, según decías, te exigían llegar temprano.

*Juan.*—No era mi culpa.

*María.*—Después me enteraba de que al salir de mi casa te ibas al café a encontrarte con tus amigos, y que a veces pasabas con ellos la velada entera.

*Juan.*—María, ¿no vas a entender que siempre te he querido?

*María* (violenta).—Nada de chantajes. Esta vez no vas a lograr engatusarme como entonces.

*Juan.*—Te has vuelto vulgar.

*María.*—Siempre lo he sido.

*Juan.*—No es verdad. (Nuevamente vuelven a quedar en silencio) ¿Vives a gusto aquí?

*María.*—Sí, en lo que cabe. Me he vuelto conformista, aunque algunas veces no sabes cómo echo de menos mi antiguo cuchitril de Insurgentes. ¿Lo recuerdas?

*Juan.*—¿Crees que podría olvidarlo?

*María.*—Uno se olvida de tantas cosas.

*Juan.*—¡María. . . !

*María* (cortante).—¿Qué?

*Juan.*—¿No podríamos. . . ?

*María.*—¡No!

*Juan.*—Hemos vivido mucho tiempo distanciados, tal vez hayamos alcanzado la madurez que nos faltaba. ¿Qué nos impide rectificar nuestros errores? Démonos una nueva oportunidad.

*María.*—Hemos tenido ya más de una y las perdimos.

*Juan.*—¿Pero no entiendes que te quiero?; y estoy seguro de que tú, aunque te obstines en negarlo, no has logrado olvidarme.

*María.*—Tu vanidad es conmovedora: nada, al parecer, ha logrado transformarla. Para ti sigo siendo solamente María, a la que puedes llegar cuantas veces se te ocurra. Ahora estás solo, triste, cansado, ¡a quién recurrir en un momento así sino a María, a la vieja y sumisa María! ¿Te has preguntado siquiera si tengo relaciones amorosas con alguna otra

persona? ¡Ni pensarlo! María no puede ser sino de tu exclusiva propiedad, y todos estos años debió haberlos consumido suspirando por el momento en que te dignaras volver; y si la pobre ha tenido algún que otro amorío lo hizo para tratar de olvidarte, sin conseguirlo, como es natural. Y si ahora le ha dado la chifladura de enamorarse de otro hombre, a terminar inmediatamente con él, porque Juan ha vuelto y ella debe vivir exclusivamente pendiente de su voluntad, con su imagen incrustada en medio de la frente, para que el día que a él mejor le parezca, cuando lo considere pertinente, sin una palabra, sin un adiós, desaparezca de nuevo como la sabandija que es. Gracias, querido, de eso he tenido ya mi ración. . .

*Juan.*—Estás haciendo melodrama, María.

*María.*—Perdóname; hay cosas que todavía me llagan. Lo cierto es que te he mentado: no puedo olvidar el pasado; vivo confinada en el rencor y la desolación que hace doce años me produjo tu huida, y aunque sé bien que eso significa cercar absurdamente la existencia no me resigno a romper ese cerco, a abolir las barreras. Creo que en definitiva esa obsesión es mi único sostén. A tu lado viví, lo demás ha sido sólo un simulacro, un dejarme resbalar por el tiempo sin ton ni son. Por eso defendiendo y defenderé con ahínco el odio que me inspiras: para tener siempre presentes los momentos en que me acercaste a la vida.

*Juan.*—No entiendo nada, María. Ahora podríamos ser felices ya sin tales trabas. Esa actitud ya no vale, no hoy que he venido a buscarte; algo deben habernos enseñado estos doce años (pausa breve). Mira, he vuelto porque en todo este tiempo fue imposible olvidarte. La sed de ti fue haciéndose de tal manera ardiente que llegó un momento en que el verte era ya exigencia inaplazable. Solamente tu recuerdo me hizo volver a México.

*María.*—Constantemente decías que me necesitabas, y sin embargo el día menos pensado te marchaste.

*Juan.*—Aún es tiempo de rehacer muchas cosas.

*María.*—No para mí: yo ya tengo mi tiempo; mi vida se cumplió; se cerró mi ciclo; todo lo que después ha pasado, todo lo que se pueda presentar en el futuro, ya no cuenta; sólo quedan los dos años en que fui tu mujer.

*Juan.*—¿Ves?, todo lo vuelves confuso y complicado. ¿Por qué te obstinas en negarle continuidad a esa dicha?

*María.*—Porque un día te marcharías nuevamente. Tengo, por fuerza, que contar con eso. Una noche no llegarías, ni la siguiente, ni la otra; después me enteraría de que te habías ido al extranjero. Y esta vez ya no

podría soportarlo. Me siento totalmente incapaz para enfrentarme una vez más con tu ausencia.

*Juan.*—Permíteme al menos que seamos amigos.

*María* (titubeante).—Bueno. . .

*Juan.*—¿Cuándo puedo visitarte?

*María.*—Cuando quieras. Después del trabajo vengo directamente a casa; casi nunca salgo por la noche.

*Juan.*—¿Puedo venir mañana?

*María.*—Sí. . . claro (mira el reloj). Ahora tengo que irme; no puedo llegar con retraso al despacho. Espérame un segundo y salimos juntos, voy a arreglarme (sale por la puerta de la derecha).

*Juan* (recorre con la vista la habitación, camina por ella, se detiene aquí y allá, se busca algo en los bolsillos, luego en voz alta).—*María*, me adelantaré para comprar cigarrillos; te espero abajo.

*María* (se asoma. Su aspecto ha cambiado casi como por milagro. Tiene el cabello suelto. Su rostro se ha rejuvenecido y hay en sus ojos un alegre brillo. Ha vuelto repentinamente a ser mujer).—Anda, no te haré esperar; en un minuto acabo de peinarme y bajo.

(Juan le lanza un beso con la mano; sale por la puerta de la izquierda. *María* ríe embriagada por la felicidad. Comienza a tararear una tonada al compás de la cual da unos pasos de baile, mientras se cepilla el cabello y el telón va bajando lentamente.)